

PIO XII

PAPA

DE

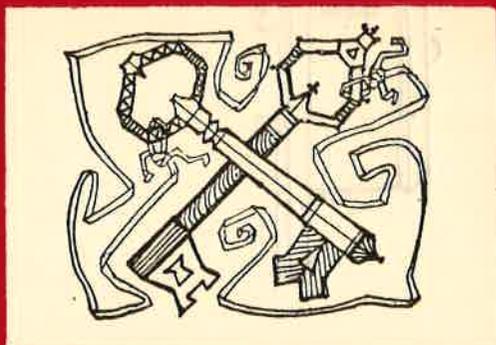
NUESTRO

TIEMPO

Jaime Loring, S. I.

Y A hace unos meses que Pío XII descansa en la cripta de la Basílica Vaticana. Siguiéron a su muerte unos días de consternación internacional. Durante 20 años de pontificado Pío XII se había incorporado de tal manera a la Historia de su tiempo que ya nos pareció sería difícil vivir los acontecimientos de nuestra época sin que a través de ellos se transparentase la figura de Pío XII, señalando en cada momento con su palabra oportuna una dirección precisa. El pensamiento de Pío XII se nos había convertido en un compañero amigable que nos conducía a través de los problemas más cruciales de nuestro tiempo.

Hoy día la cátedra Romana ha sido ocupada por un Pontífice nuevo. Pero todavía tiene pleno sentido, en el tradicionalismo viviente de la Iglesia, una mirada de despedida a Pío XII. Cuando ya estamos en un nuevo eslabón de la cadena, seguimos todavía sujetos al anterior. No con un fixismo histórico que



se resiste el cambio —eso sería tradicionalismo fosilizado— sino alentados por el calor amoroso del recuerdo, que sabe continuar y, aun descubrir nuevos caminos si hiciera falta, sin despreciar lo pasado —esto es tradicionalismo viviente—.

Evocación personal

Estamos todavía demasiado cerca de su muerte para hacer un estudio científico de su vida y de su obra. Más adelante puede ser que la figura de Pío XII se convierta en un tema histórico para ser estudiado ante la crítica. Pero hoy su espíritu está todavía caliente entre nosotros. Los que no nacimos tan pronto como para haber conocido a Pío XI, hemos vivido a la Iglesia siempre bajo la inolvidable silueta de Pío XII; y tiene que pasar más tiempo para que el aliento cálido del Papa Pacelli se enfríe en nuestros espíritus. Por eso no pretendo hacer un estudio de Pío XII, sino un recuerdo personal de él. Quisiera en un coloquio familiar —aun cuando sea por escrito— evocar sencillamente lo que fué para nosotros Pío XII. Con toda la intimidad y palpitación vital que tiene ese *para nosotros*.

Porque, efectivamente, Pío XII, a lo largo de su Pontificado, ha ido introduciéndose en ese círculo de personas queridas que todos tenemos. Su fotografía había dejado de ser la estampa de una personalidad célebre o importante, para adquirir la valoración de cariño que puede tener la fotografía de un padre.

El sacerdote católico y el mundo

San Pablo, cuando escribe a los hebreos, traza en una frase la imagen de lo que debe ser un sacerdote: escogido de entre los hombres, constituido en beneficio de los hombres, cordialmente cercano a los hombres, y él mismo consciente de su flaqueza como hombre (1). La figura del sacerdote lle-

va en sí misma una paradoja que la ha llenado de interés ante el hombre moderno. El tema del sacerdocio ha llenado en los últimos años la literatura mundial, desde los graves estudios de investigación teológica al ensayo sugerente y descubridor, y finalmente al mundo apasionante de la novela. El fenómeno sugerente del sacerdote católico, segregado de los hombres hasta llevar una vida angélica; y profundamente enraizado en lo humano, hasta sentir clavadas en su carne las flaquezas de la humanidad, ha polarizado la atención de nuestro tiempo. Vivir cordialmente en el mundo, sin ser del mundo: ésta es la síntesis del sacerdocio católico.

Pío XII, Sacerdote

Precisamente, el Pontificado de Pío XII ha constituido la realización más plena de esta máxima. Y precisamente por esta suma realización que ha hecho del sacerdocio, es por lo que ha despertado esa sugestión en todos los ambientes: en el político, entre las diversas confesiones religiosas, como orientador de las varias profesiones humanas, finalmente, por ese humanismo rebosante, que ha llenado inagotablemente las audiencias a millones de peregrinos.

Las voces que a su muerte se han levantado espontáneamente en todo el mundo llevan un acento común: su comprensión del ser humano, su penetración del momento presente. El Daily Mail de Londres decía: "Ha sido un Papa muy humano... dotado de una gran comprensión del pensamiento, esperanzas y temores del ser humano". El New York Times quizás haya profundizado más: "Era un hombre de gran inteligencia, y por lo tanto comprendió la filosofía de su generación. Era un hombre de gran corazón y por lo tanto sufrió con los afligidos de todas las naciones". Inteligencia para comprender y corazón para compadecer, las dos grandes cualidades sacerdotales de

(1) Heb 5 1-2.

Pío XII. Con perspicacia continúa el *New York Times* "algunas de las cualidades que le han distinguido entre los Papas, pudieran también haberle servido a él y a su pueblo si hubiera sido un simple párroco" (2). Pues, efectivamente, eso fué Pío XII: un párroco del mundo.

Integración en la Historia de su tiempo

La proximidad cordial al hombre vivo exige una integración total en la Historia del momento. Nada hay que aleje tanto de los propios contemporáneos, como una retrogresión afectiva al pretérito, o el progresismo snobista de los eternamente descontentos. Cualquiera desplazamiento espiritual en el tiempo, provoca la incompreensión con el medio ambiente. La encarnación entre los hombres exigida a todo sacerdote, postula de él su total integración en el momento histórico que le ha tocado vivir.

El mundo de los humanos está sometido a una persistente evolución histórica. Lo anterior puede ser mejor o peor que lo posterior: eso es una contingencia imprevisible. Lo que es absolutamente cierto es que tiene que haber anterior y posterior, que tiene que haber sucesión y cambio en la historia de los hombres, y que los tiempos han de variar sus configuraciones. Cada configuración determinada tiene su propio valor insustituible.

El sacerdote, que se siente a sí mismo depositario de valores eternos e inmodificables, tiene un gran peligro de olvidar este dogma fundamental de la existencia del hombre en la tierra que es el cambio histórico. Y entonces se produce en él una inseguridad instintiva ante la Historia, que se manifiesta por su desconfianza o su prevención ante lo nuevo. Es en este punto donde Pío

XII nos parece más genial y más grandioso. Puede haber sido rico su magisterio, y emprendedora su actividad pastoral a través del mundo; pero en lo que realmente nos parece inconmensurable es en su actitud como hombre ante la Historia.

Cuando Eugenio Pacelli subió al Pontificado se encontró con un mundo en evolución violenta. ¿Será verdad que nuestro mundo ha experimentado cambios más profundos y más rápidos que otras épocas? Otras generaciones posteriores darán su juicio. Por ahora nuestra impresión es que así ha sido (3). En este mundo turbulento que encontró Pío XII se juntaron dos circunstancias capitales: la tribulación dolorosa de una guerra con sus consecuencias agobiantes de posguerra, y el cambio de las estructuras.

En los primeros años de su Pontificado, durante el tiempo que duró la guerra, el mundo experimentaba una evolución profunda y dolorosa. Todos veían que la Europa de posguerra había de ser completamente distinta de la anterior. Si fué así o no, si la Europa de 1950 era realmente distinta de la de 1920, los que conocieron aquellos tiempos podrán determinarlo. Lo que desde luego es cierto es que en el alma de todos los hombres de buena voluntad había una exigencia sincera de cambio. Esta era la voz profunda de la Historia en aquellos años de guerra.

La grandeza de Pío XII en esos momentos fué que sin evadirse del ambiente, pero tampoco dejándose derrotar por él, sin perder el optimismo y la fe en los hombres que se destruían a sí mismos, estuvo siempre a suficiente altura para orientar al mundo en el camino de la reconstrucción. En medio de la guerra sus palabras siempre proyectaban un rayo de luz, sin que vacilase en él "la certeza de que el Señor nunca vela

(2) *Ecclesia*, 18 de octubre de 1958, pg. 456-57.

(3) Mensaje de Navidad de 1948, cfr. *Ecl.* 1949 I.º p. 5, a. Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, Edición de A. C., 5.ª ed., 1955, p. 265 b.

más por su Iglesia, ni está tan cercano a ella como en las horas en que sus hijos, oprimidos por las angustias y tempestades, podrían sentirse impulsados a gritar, "Maestro ¿no te importa que perezcamos? ¡Señor, sálvanos que perezcamos!" (4). Así fué constante en todos sus mensajes de Navidad la llamada a la firmeza frente a las ruinas para preparar la reconstrucción del futuro (5).

Esta superación de la Historia la consiguió Pío XII gracias a dos cualidades: su segura fe en Cristo, el Señor, que una vez resucitado ya no puede ser destruído por el tiempo; y su visión profunda de la coyuntura, gracias a la cual la variación histórica no le cogió desarmado, sino que pudo situarse en los tiempos nuevos con un programa claro de renovación y reconstrucción.

Cristo, Señor de la historia

Las calamidades y variaciones de la Historia no pueden sumergir al cristiano en una inseguridad vital. Cristo con su resurrección ha triunfado de la muerte y del tiempo. Esto llena al cristiano de la seguridad de que su visión del mundo es indestructible; que los cambios históricos no pueden deshacer su situación vital. El temer las alteraciones de la circunstancia histórica obedece a un complejo de inferioridad, o a conciencia de que las propias posiciones pueden gastarse o anticuarse. Pero Cristo siempre es nuevo, siempre es de hoy, y por eso nadie puede tener más confianza y seguridad en la Historia que el cristiano.

Así hablaba Pío XII en la Navidad de 1943, cuando tantos desilusionados y desolados sin esperanza habían visto

(4) Eccl. 1942 1.º, p. 519, c.

(5) Los títulos de los Mensajes de Navidad son expresivos: 1939, *Cinco premisas para la paz*; 1940, *Cinco condiciones para un Orden Nuevo*; 1941, *El Nuevo Orden interno*; 1942, *El Orden interior de las naciones*; 1943, *Ante el fracaso de los humanos*. Propone la firme esperanza del cristiano que le ha de impulsar a una valerosa obra de restauración; 1944, *El problema de la democracia*. Puntualiza la solución del problema político de la posguerra.

hundirse los fundamentos de su estructura vital. "Un cristiano que se alimenta y vive de la fe en Cristo, con la certeza de que sólo El es el camino, la verdad y la vida, lleva su parte de sufrimientos y angustias del mundo al pesebre del Hijo de Dios, y ante el Niño recién nacido encuentra un consuelo y un apoyo que desconocido para el mundo, le da ánimo y fuerza para resistir y mantenerse imperturbable, sin desanimarse ni desfallecer, aun en medio de las pruebas más graves y atormentadoras" (6). Esta fué la primera base de su seguridad en el mundo moderno, la fe en Cristo que no envejece.

Visión profunda de la coyuntura

Y junto a esta segura confianza en Cristo, la visión profunda de los tiempos. Más allá de la primera cortina de episodios inconexos, desconcertantes, Pío XII supo descubrir una marcha profunda de la historia, una dirección de los tiempos hacia un Orden Nuevo. Desde 1940, a través de la luctuosa situación bélica, veía Pío XII dibujarse un nuevo orden jurídico, social y político, y pudo desde entonces determinar sus bases indispensables (7). Un Orden Nuevo que no obedecía a un simple afán de novedades, sino a un grito y a una exigencia profunda de nuestra circunstancia histórica (8).

Durante los años de la guerra, Pío XII asistió, personalmente emocionado, al hundimiento de un mundo y alumbramiento de otro nuevo. El mismo declaraba en la Navidad de 1941 "en esta hora en que el viejo orden está para

(6) Eccl. 1944 1.º, p. 5 b. Col. Enc. y Doc. pág. 222 b.

(7) Cinco bases fundamentales del Orden Nuevo: 1. La victoria sobre el odio.—2. La victoria sobre la desconfianza.—3. La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la regla del derecho, y de que la fuerza crea el derecho.—4. La victoria sobre los gérmenes de conflictos.—5. La victoria sobre el espíritu de frío egoísmo. (Eccl. 1941 1.º, pág. 22. Col. Enc. y Doc. pp. 196-97).

(8) Eccl. 1941 1.º, pág. 21 c. Col. Enc. Doc. p. 195 b.

desaparecer, cediendo paso y lugar a otro nuevo" (9).

Ello le infundió una seguridad radical en la Historia y en su evolución. Eso le hizo que su espíritu nunca envejeciese, sino que siempre estuviera a punto para comprender las exigencias que en cada momento ha postulado la familia de los cristianos.

Terminada la guerra, cuando pudo entregarse libremente a su trabajo pastoral, hemos podido ver su inmensa labor de renovación y adaptación a las circunstancias: el impulso dado al movimiento litúrgico; su presencia en todos los campos de la moralidad profesional, medicina, derecho, periodismo...; su comprensión por las nuevas formas del arte sacro; la defensa de la justicia social en la empresa como comunidad de trabajo y de intereses; la exaltación de la santidad en las innumerables canonizaciones; su defensa insobornable de la institución familiar; los sacerdotes tendremos en él un orientador profundo de la pastoral...; en cualquiera de estos puntos y otros más Pío XII ha sido la pantalla limpia donde se ha proyectado una visión cristiana nítida de cada circunstancia de nuestro tiempo y nuestra cultura.

Juventud inagotable de Pío XII

Por todo ésto Pío XII había entrado dentro del círculo vital de cada uno de nosotros. Su presencia orientadora casi se nos había hecho connatural. Y los que no tuvimos la dicha de verle, y cada día lo encontrábamos siempre nuevo, siempre en la última coyuntura histórica, nos preguntábamos por el milagro de juventud que alentaba dentro de aquel anciano. Hasta que él mismo, últimamente el 19 de marzo, dirigiéndose a los jóvenes de Italia, hacía aquella sublime manifestación de juventud:

(9) Eccl. 1942 I.^o, pág. 19 c. Col. Enc. Doc. p. 202 b.

«Pero Dios que ha permitido el oscuro invierno y tiene preparado para el mundo un estío luminoso, nos obliga a todos a vivir y obrar en un clima de renacimiento, en tiempo de primavera.

Mirad, queridos hijos, todo en el mundo es resurgimiento. La vida material, aun en medio de tantas tristezas y miserias, se mueve siempre hacia un mayor y más amplio bienestar. Quien considera la curva ascendiente del progreso científico, nota que ésta sigue casi un tipo de reacción en cadena, análoga a los equilibrios inestables.

También en la vida y en la actividad del espíritu son evidentes los signos de renacimiento; el hombre se verá cada vez más libre de las fatigas materiales, de las obras serviles, la automatización está transformando en actividad intelectual gran parte del trabajo humano...

Signos de este resurgir se notan también en la vida social; ninguna otra época de las que la humanidad ha vivido después de la venida de Cristo, se nos presenta tan determinante como esta vuestra —oh, jóvenes— en la evolución humana. Por primera vez los hombres tienen conciencia no sólo de su creciente interdependencia, sino también de su estupenda unidad. Esto significa que la humanidad estará cada vez más pronta a sentirse cuerpo místico de Cristo. Por tanto, la necesidad de una solución cristiana para tantos problemas que tienen al mundo en ansiedad, será y aparecerá cada vez más evidente a los hombres honestos» (10).

Resulta emocionante oír hablar así a un anciano de 82 años que lleva sobre sus hombros la responsabilidad de nuestra época. A su edad y después de la labor que deja realizada a sus espaldas, seguir mirando hacia adelante, y tener confianza en la Historia y en la evolución de la Historia, representa una juventud de espíritu muy poco frecuente. Cuántos censores suspicaces de los tiempos nuevos tendrían que aprender este sano optimismo cristiano del Pontífice que acaba de fallecer. Su espíritu de joven estuvo hasta última hora incorporado al tiempo que le tocó vivir. Por eso admiramos a Pío XII que supo no empequeñecerse ante ningún problema, y a quien las arrugas de la frente no pudieron arrugarle el alma. Maestro incomparable de los tiempos nuevos.

(10) Eccl. 25 marzo de 1958.